

TEJIENDO HISTORIAS

Relatos de la diáspora japonesa en Colombia



Laura Silva Chica y Vladimir Rouvinski

Coordinadores







GEUP

GRUPO DE EDITORIALES
UNIVERSITARIAS DEL PACÍFICO



UNIMINUTO
UNIVERSIDAD NACIONAL DEL META
Educación en contextos de alta complejidad



TEJIENDO HISTORIAS

Relatos de la diáspora japonesa en Colombia



Laura Silva Chica y Vladimir Rouvinski

Coordinadores



Tejiendo historias: relatos de la diáspora japonesa en Colombia / Laura Silva Chica, Vladimir Rouvinski (coords.) - 1a ed. -- Cali: Universidad Icesi, Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico (GEUP) - Valle del Cauca, 2024.

90 páginas; 21 cm.
Incluye índice de contenido.
ISBN: 978-628-7740-90-7

1. Migración 2. Relatos personales 3. Diáspora japonesa 4. Valle del Cauca (Colombia)
I. Tit. II. Silva Chica, Laura - Rouvinski, Vladimir, coordinadores.

325 cd 21 ed.

Catalogación en la fuente - Universidad Icesi

Tejiendo historias: relatos de la diáspora japonesa en Colombia

© **Universidad Icesi**

Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Icesi
Laboratorio Etnográfico
Laboratorio de Política y Relaciones Internacionales PoInt

Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico (GEUP)

Gestión editorial

Universidad Icesi

Corrección de estilo

Santiago Martínez Villareal

Apoyo

Luisa María Castaño Saldarriaga y

Vivian Andrea Moreno Arana

Diseño de colección

Editorial Bonaventuriana

Diseño de carátula, diagramación y maquetación

Editorial Icesi

ISBN: 978-628-7740-90-7

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio
reprográfico, sin la autorización escrita de los editores y de los propietarios
del copyright. Las imágenes en esta publicación fueron proporcionadas por el
autor, por lo que declara tener la autorización para otorgar su uso.

Primera edición, noviembre de 2024.

Edición especial para la Feria Internacional del Libro de Cali 2024.

Publicado en Colombia / *Published in Colombia*

Créditos

Profesores

Laura Silva Chica y Vladimir Rouvinski

Organizaciones y enlaces

Universidad Icesi, Laboratorio de Política y Relaciones Internacionales PoInt, Laboratorio Etnográfico, Red Nikkei Colombia, Emy Itabashi, Manuel Alejandro Guevara Bocanegra, Exbecarios Nikkei JICA Colombia.

Familias japonesas

Tokunaga
Itabashi

Nakayama
Takegami

Yabe Kuratomi
Doku

Estudiantes

Digno Jesús Vidal Vente	Karol Yulieth Asprilla C.	Samuel David Jaramillo R.
Eliana Andrea Orozco F.	Lauren Sofia Mina Balanta	Sandra Milena Palacio E.
Elizabeth Gómez Quintero	Laylys Janeth Tenorio C.	Santiago Charria Cabrera
Freddy Esteban Tenorio M.	Luna Rodríguez Rodallega	Santiago Martínez Villareal
Gabriel Santiago Noguera Q.	Maria Camila Collazos P.	Sergio Andrés Pascuaza
Gustavo Andrés Dimey L.	Maria José Quiceno R.	Sharid Daniela Rúales E.
Hannah Dorronsoro	Maria Salome Ospina O.	Sofia Millán Machado
Johan Sebastián Saldarriaga V.	Mariana Gómez Muñoz	Sofia Tobar Osorio
Juan Alejandro León Barona	Max Aguirre Calle	Sofia Vanegas Reyes
Juan Esteban Ospina S.	Mariana Urbano López	Tamara Ochoa Morera
Juan Miguel Caicedo Romo	Mateo Diethelm Palau	Valentina Figueroa Andrade
Julián Andrés Ríos Narváez	Melannie Diaz Peña	Valentina Moreno Moreno
Juliana Rosas Arce	Nahidi Amen Mondragón	Valeria Sosa Trejos

Contenido



PREFACIO POR ESTEBAN PIEDRAHITA URIBE	11
INTRODUCCIÓN POR SANTIAGO MARTÍNEZ VILLAREAL	13
FAMILIA ITABASHI UNA MESTIZA MUY EXÓTICA: LA HISTORIA DE VIDA DE UNA DESCENDIENTE DE JAPONESES EN COLOMBIA	23
FAMILIA NAKAYAMA UNA HISTORIA DE VIDA	35
FAMILIA TAKEGAMI AUNQUE ESTEMOS LEJOS, QUE NO NOS FALTEN NUESTRAS TRADICIONES	49
FAMILIA YABE KURATOMI HISTORIAS DE VIDA	53
FAMILIA DOKU HUELLAS IMBORRABLES: RESPETO, DISCIPLINA Y PUNTUALIDAD	63
FAMILIA TOKUNAGA SEMILLAS DE TRADICIÓN	75
EPÍLOGO POR LAURA SIVA CHICA Y VLADIMIR ROUVINSKI	81

Prefacio

Por Esteban Piedrahita Uribe¹

Es un gran placer para la Universidad Icesi presentar este libro, fruto del esfuerzo colectivo de nuestros estudiantes del semillero de investigación “Estudios Internacionales” y de los cursos “Historia Política Internacional” y “Pensamiento Crítico Latinoamericano” de la Facultad de Ciencias Humanas. Esta obra no solo representa un trabajo académico, sino también un tributo a la memoria y a la rica historia de la comunidad japonesa en Colombia, particularmente en nuestra región del Suroccidente colombiano.

La importancia de este libro radica en dos aspectos. En primer lugar, se trata de una oportunidad para que nuestros estudiantes, bajo el liderazgo de sus profesores, realicen un trabajo inédito que demuestra los vínculos internacionales de nuestra región y de Colombia. Además, busca visibilizar las interacciones entre las culturas colombiana y japonesa, mostrando cómo se han entrelazado a lo largo del tiempo. Los relatos aquí recopilados reflejan la resistencia y la adaptación de los migrantes japoneses, quienes, a pesar de las dificultades, han dejado una huella imborrable en nuestra identidad nacional y regional. Al abordar temas como la innovación de técnicas agrícolas, comercio, convivencia y la fusión de tradiciones culturales y culinarias, esta obra invita a la reflexión sobre la diversidad que conforma nuestro país, así como sobre el espíritu empresarial que caracteriza a la comunidad japonesa colombiana.

1 Rector de la Universidad Icesi.

La Universidad Icesi, en su compromiso con la internacionalización y la construcción del conocimiento, asume un papel de liderazgo en este contexto. Nuestros profesores y estudiantes están constantemente involucrados en iniciativas que promueven la comprensión de nuestra historia y la construcción de una sociedad inclusiva. Este libro, que sigue a una exposición de los hallazgos de esta investigación en el Museo Nacional de Colombia en junio de 2024, es un paso más en esa dirección, proporcionando una base para el diálogo intercultural y la investigación que amplía nuestra perspectiva sobre la nación colombiana.

Invito a todos a sumergirse en las páginas de esta obra, a explorar las historias de quienes, a través de su trabajo y dedicación, han contribuido a nuestra región y, por ende, a nuestra identidad. Es un reconocimiento a su legado y una celebración de la diversidad que nos enriquece como sociedad.



Introducción

Por Santiago Martínez Villareal

Para reconocer la historia política, cultural y social de un lugar se debe tratar de no dejar ni un solo cabo suelto. Tener presente la historia de la migración japonesa a Colombia aporta más que datos y acontecimientos, brinda también un reconocimiento al entretejido transnacional que se abre paso entre procesos familiares, políticos, sociales y económicos, hasta lo que hoy en día puede rastrearse a través de instituciones y agrupaciones más sólidas y formales.

Entre los aportes más valiosos en esta materia sobresale el de Inés Sanmiguel, en los que cuenta la historia de la inmigración de varios grupos de japoneses a Colombia en las primeras décadas del siglo XX, gracias al programa organizado por la empresa japonesa de emigración Overseas Development Company Ltd. y patrocinado por la Sociedad Cooperativa de Fukuoka. Entre sus obras, resalta su libro *En pos del Dorado. Inmigración japonesa a Colombia* (2018), en el que se explican las transformaciones que experimentaron los migrantes desde su asentamiento, a través de los diferentes momentos en que su supervivencia se vio puesta a prueba, al igual que la implementación de estrategias de adaptación y las nuevas formas que dotaron de identidad el sentido de vida que fue construido a partir de la interacción e idiosincrasia en tierras colombianas.

Uno de los acontecimientos que fueron allanando el camino diplomático de la relación entre Colombia y Japón fue el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación en 1908, que abrió más adelante la posibilidad para que japoneses se establecieran en el país latinoame-

ricano. Sin embargo, el periodo posterior de interacción binacional sobre el asunto migratorio estuvo caracterizado por ambivalencias gubernamentales que no terminaban de programar y materializar las contadas ideas que sobresalieron desde distintos actores. En parte, por la creencia en el potencial negativo de la “raza amarilla”, y por la falta de recursos para ofrecer incentivos económicos, limitando los flujos de emigrantes japoneses. De hecho, cabe mencionar que Colombia no fue un destino migratorio reconocido por su ancho flujo de inmigración dentro de las naciones latinoamericanas, mientras que otras como Argentina, Chile, Brasil y Cuba concentraron grandes números de personas recibidas. Para Colombia en 1936, incluso, la población extranjera era de solo 0.64% de la población nacional (Moya, 2018). Específicamente para las inmigraciones japonesas, fueron Brasil, Perú y México los destinos migratorios más comunes, después de los países de habla inglesa, y potenciados después por el Acta de la Cuota de Inmigración de Estados Unidos en 1924, que restringió el ingreso de japoneses a este país (Sanmiguel, 2006).

Los primeros inmigrantes japoneses que llegaron a Colombia se pueden distinguir en tres grupos: los pioneros que viajaron por cuenta propia y que en su mayoría no llegaron directamente desde Japón, y que se aposentaron en Barranquilla y Usiacurí; los que viajaron por contrato con la compañía de emigración como parte de un programa agrícola; y los que fueron llamados, más adelante, por parientes y amigos (Sanmiguel, 2006). El primer grupo, que no fue mayor de 30 personas que llegaron en las primeras décadas del siglo pasado individualmente, encontró en la costa norte del Atlántico un manojo de oportunidades económicas y un grueso de movilización social importante, que los llevó a la dedicación de la barbería, comercio y jardinería como actividades principales. El segundo grupo fue compuesto por 20 familias, que viajaron entre 1929 y 1935, y se asentaron en Corinto, en el departamento del Cauca, siendo apoyadas por el gobierno japonés y la Compañía de Emigración de Ultramar. El tercer grupo de los primeros emigrantes fueron los parientes y

amigos de los que ya estaban ubicados en labores de agricultura y algunas mujeres que llegaron para casarse.

La presente obra se centra, en su mayoría, en las familias que llegaron a Colombia conformando el segundo grupo según la clasificación de Sanmiguel, con el objetivo de complementar la comprensión del engranaje migratorio, el intercambio cultural, los desenvolvimientos económicos y el contexto político en el cual tuvo lugar el asentamiento de la colonia, por medio de diferentes relatos de historias familiares, contruidos gracias a la ayuda de descendientes de los primeros migrantes. Las familias llegaron en lo que podría identificarse como tres olas de migración, siendo la primera de ellas en 1929, año en el que zarpó de Fukuoka el buque Rakuyo Maru rumbo a Buenaventura en el Valle del Cauca.

El contexto nacional japonés en el que se dio la gestación para estos procesos migratorios estaba caracterizado por una presión del aumento demográfico y la insuficiencia de recursos monetarios nacionales. En efecto, después del proceso de modernización acelerado durante la era Meiji (1868-1912), que trajo consigo la industrialización, urbanización y crecimiento económico, Japón enfrentaba varios desafíos que giraban alrededor de la sobrepoblación, como la escasez de recursos naturales y la necesidad de expandir sus mercados y fuentes de materias primas para sostener su creciente economía industrial. En este contexto, el gobierno japonés comenzó a ver la emigración como una válvula de escape, considerando una solución que aliviara las tensiones y al mismo tiempo proporcionara una fuente de ingresos mediante el envío de remesas por parte de los emigrantes (Sanmiguel, 2018).

Estas fueron las razones por las que, más adelante, el apoyo del gobierno japonés a la emigración comenzaría a formalizarse a principios del siglo XX con la creación de leyes y organismos destinados a regular y promover la salida de japoneses al extranjero. Especialmente, se vio la oportunidad a través del establecimiento de colonias agrícolas

que fortalecieran los lazos económicos y diplomáticos con otros países. Así que, luego de que se presentaran dificultades para la afluencia de japoneses a países de habla inglesa y europeos, América Latina, con su vasto territorio rural y demanda de mano de obra agrícola, se convirtió en la alternativa viable. Países como Brasil, Perú y México comenzaron a recibir importantes flujos de inmigrantes japoneses, y aunque Colombia no era un destino tan favorable, también fue considerado dentro de estos proyectos de expansión migratoria.

De esta manera, con el apoyo de la compañía Kaigai Kogyo Kabushiki Gaisha, y en asociación con la Sociedad Cooperativa de la Prefectura de Fukuoka, se planificó la migración de familias japonesas a Colombia si cumplían determinados requisitos. Luego de una difícil búsqueda de las familias, y después de que la expedición de Yûzô Takeshima y Tokuhisa Makijima para explorar las tierras colombianas diera como resultado de que el sur del Valle del Cauca y norte del Cauca eran lugares prometedores, se llevó a cabo la primera migración de japoneses con cinco miembros en promedio por familia y cuya cabeza de familia era agricultor. Al llegar al puerto de Buenaventura, como se narra en las historias aquí compiladas, la reacción común e impactante para los japoneses fue ver personas afrocolombianas, por lo que pensaron que habían llegado a África. Cabe resaltar, además, que el gobierno colombiano, por su parte, no facilitó el proceso de asentamiento, debido que, aunque había interés en promover la inmigración para fomentar el desarrollo agrícola en las regiones rurales, las autoridades colombianas no reconocieron formalmente a los inmigrantes japoneses como agricultores permanentes, otorgándoles sólo una visa temporal sin ningún beneficio, lo que les impidió acceder a ciertas facilidades y protecciones legales que otros inmigrantes europeos habían disfrutado tiempo atrás. Esta negativa por parte del gobierno limitó las oportunidades de los inmigrantes japoneses para establecerse de manera exitosa en las tierras que se les habían otorgado.

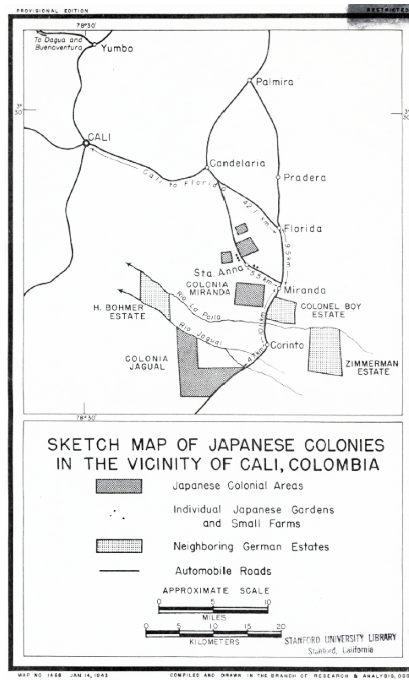
Es bien conocido que cuando se migra, no solo es el cuerpo el que se mueve, también son la mente y el conjunto de sentimientos los que se trasladan con la persona, mientras que se van gestando nuevas posibilidades dentro de un amplio marco de incertidumbres, que a la vez da la impresión de caminar en un estrecho de ansiedad y preocupaciones. Las migraciones de estas familias japonesas no estuvieron exentas a los encuentros medianamente hostiles y retadores con los que fueron recibidos en tierras caucanas. Es de reconocer que su historia es una de resiliencia, persistencia, resistencia y disciplina ante los embates de una nueva vida en el continente geográficamente opuesto a su lugar de origen. Como lo resalta Mera (2020), las familias sufrieron transformaciones desde el momento de reubicarse en un entorno nuevo, enfrentando desafíos relacionados con la incompatibilidad cultural, la ruptura en los hogares y la implementación de estrategias de sobrevivencia, como la adopción de valores. Aun, con todo y lo que significó lo anterior, se estableció una colonia llamada El Jagual, cerca de Corinto, Cauca, en donde se encarnó una historia de relaciones transculturales y mecanismos de cohesión y ayuda social.

Atención particular reciben las adaptaciones que giraron en torno a los temas agrícolas, debido a que el espacio rural, completamente distinto al de origen, resultó ser de baja calidad e inadecuado en cuanto a su composición y aptitud de suelo para las semillas que se traían y para los cultivos a los que estaban acostumbrados, como el arroz, el frijol y el trigo. La disparidad en la aptitud agrícola de las tierras, las plagas de estos suelos, combinada con el clima tropical húmedo, generaron difíciles retos para el logro de una producción fructífera. Además de los problemas socioeconómicos, la situación demostró también que las técnicas agrícolas que los inmigrantes dominaban no siempre se adaptaron fácilmente al nuevo entorno, lo que afectó directamente su capacidad de auto-sustentarse y generar excedentes, y la única manera de solucionarlo era aprendiendo, ingeniando y probando tecnologías diferentes. La forma en la que se organizó la colonia fue por medio de las unidades familiares, cuya cabeza y dueño de la parcela de tierra

era quien guiaba las decisiones dentro de la estructura de jerarquía familiar (Sanmiguel, 2006). Sin embargo, en muchos momentos estas familias se ayudaron, cooperaron y construyeron juntos.

Los primeros años de las familias estuvieron caracterizados por extensas jornadas de trabajo en las tierras, como lo cuentan varios de los entrevistados, un modo de vida patriarcal, y en torno a una organización simbólica de las unidades familiares, destacando el legado de un confucionismo que promovía una ética de devoción familiar y jerárquica (Mera, 2020). Mientras que, la labor de las mujeres estuvo a cargo de diferentes quehaceres que englobaron las tareas domésticas, de cuidado, resguardo, educación y también trabajo con la tierra. Igualmente, la cohesión familiar fue de gran importancia para que dentro de la colonia se mantuviese el reconocimiento identitario por medio de los vínculos, las reuniones dominicales en lengua japonesa, la comida, las expresiones de arte, y la celebración de festividades, logrando incluso a formar un sistema comunitario de formas triviales de esquemas de crédito y ahorro entre miembros.

Si bien la colonia fue construyendo métodos de adaptación, la interacción cultural con el entorno se tradujo en un notable choque cultural, al insertarse en una sociedad que, aunque oficialmente abierta a la inmigración, mantenía estructuras sociales rígidas frente a la diferencia racial que no facilitaban su integración. Eso sin contar la cantidad de maromas y peripecias que desarrollaron los japoneses moldeando el lenguaje para hacerse entender en español con quienes debían mantener contacto. Se puede decir, entonces, que la barrera idiomática limitó aún más su capacidad de interactuar y establecer redes sociales significativas con la población local. Asimismo, una constante que se presenta en las historias de vida de las familias son los mecanismos de exclusión social y discriminación dentro de una sociedad colombiana nada acostumbrada a ver personas asiáticas y mucho menos a convivir con ellas.



Ubicación de la Colonia El Jagual en 1943

Fuente: Stanford Libraries (1943), citado en Mera (2020).

Otro de los desafíos fue el clima tropical, que representó un cambio físico-corporal y psicológico para los inmigrantes, quienes provenían de un entorno climático diferente, evidencia de ello fueron las enfermedades antes no conocidas, como el paludismo, malaria y otras infecciones endémicas.

Más adelante, la Segunda Guerra Mundial exacerbó las tensiones y desconfianzas, que ya había desde la llegada de las familias, hacia la colonia japonesa. Específicamente, debido a los temores políticos de la nación, luego del ataque a Pearl Harbor, los hombres de la colonia y algunos inmigrantes de la costa del Atlántico,

junto con inmigrantes alemanes, fueron detenidos y trasladados a Fusagasugá. De ahí en adelante, incluso hasta luego de su liberación, las familias enfrentaron separaciones dentro de sus unidades familiares, sufrimientos de diversa índole, e incluso, el cierre del crédito y las transacciones bancarias, la congelación de sus bienes y una lista de exclusión con sus nombres, lo que se tradujo como pérdidas de lo que con tanto esfuerzo y sacrificio habían alcanzado con su trabajo (Sanmiguel, 2006). Años posteriores, las familias se dividieron, asentándose en distintos municipios del Valle del Cauca y expandiendo su oficio como agricultores mediante el alquiler de tierras.

Como todo recorrido que el migrante hace, ninguna de sus acciones deja de plasmarse en la historia de los lugares por los que transita, no pasa por desapercibido nada cuando el ánimo de sobrevivencia se mezcla con disciplina, esperanza e innovación. Así mismo fue para estas familias japonesas, que dieron pie a transferencias culturales y entretrejos sociales marcados por una identidad que, a la par que recreaba una reproducción de la memoria cultural japonesa, globalizaron prácticas y métodos que terminaron siendo legados importantes para comprender la historia de la región del Valle del Cauca y sus descendientes. En materia económica, por ejemplo, se destaca el papel de la transculturación de la labor agrícola, con lo que los métodos japoneses y colombianos dieron fruto en exponenciales producciones de los cultivos, especialmente el arroz, la soja, frijol, maíz, millo, y sorgo. Más adelante, la aplicación por parte de las familias de tecnologías que modernizaron e industrializaron el trabajo agrícola sería extremadamente importante para entender la evolución de la prosperidad comercial que lograron en el Valle del Cauca. Una muestra material de ello fue, sin duda, las asociaciones que se fundaron con el propósito de la ayuda mutua para hacer frente a las dificultades del mercado, como SAJA (Sociedad de Agricultores Japoneses). Al respecto, Sanmiguel (2006) menciona que, a través de las asociaciones compraron maquinaria

como tractores, trilladoras, camiones y fertilizantes, suplantando así las prácticas existentes, incluso en las tierras que eran dejadas por los locales solo para el ganado.

Otro ejemplo de la hibridación cultural es el aporte en la construcción de espacios de sociabilidad propios, como las asociaciones japonesas en ciudades como Cali y Barranquilla, permitiendo a los inmigrantes mantener un fuerte sentido de comunidad y preservar elementos esenciales de su cultura. Algunos de ellos comprenden la gastronomía y las formas de cocinar que confluyeron con ingredientes colombianos, la enseñanza del idioma japonés a nuevas generaciones, el arte del origami (a través del doblez de papel), los arreglos con flores (ikebana), las artes marciales, o las ceremonias del té (sadou). Estos espacios y actividades culturales actuaron como enclaves étnicos que han sobrevivido con el tiempo, a la vez que se componen como sitios de resistencia simbólica de la memoria, ante los procesos de asimilación cultural predominantemente colombianos. Asimismo, otra forma de ver su prevalencia sólida es la formación de asociaciones de Nikkeis y la celebración de festividades japonesas como el Undokai y el Keirokai, logrando no sólo mantener vivas algunas tradiciones culturales y sociales, sino también favorecer la creación de una identidad colectiva compartida por las familias de inmigrantes y sus descendientes.

En gran medida, es el intento de comprender mejor esa etnicidad identitaria negociada lo que ha llevado a la elaboración de estas páginas y los relatos que las componen. Resulta interesante e importante entender cómo interactúan simultáneamente las culturas colombiana y japonesa, manifiesta en cuestiones tan simples y otras tan complejas, como la continuidad de prácticas religiosas, con la conservación de altares sintoístas o budistas dentro de las casas, junto con imágenes y altares católicos, o la mezcla de comidas, y hasta en la forma de saludar y reverenciar a las personas con una inclinación.

Con todo lo anterior, el contenido que compone la presente obra permite hacer honra a la memoria de estos inmigrantes japoneses, sus dificultades naturales en el proceso migratorio y adaptativo, el impacto y sus consecuentes aportes en Colombia, al igual que el papel de sus descendientes Nikkeis a la nación. Este esfuerzo fue realizado por los y las estudiantes de los cursos de pregrado “Historia Política Internacionales” y “Pensamiento Crítico Latinoamericano” de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Icesi, que llevaron a cabo encuentros y entrevistas con miembros de varias de las familias que migraron desde Japón el siglo pasado, y más adelante tejieron narraciones, a modo de relatos, para hilar historias, hechos y anécdotas.

Referencias bibliográficas

- Díaz-Rico, Jhojan. (2022). Migración, trabajo y nación. El lugar de Colombia en los estudios sobre las migraciones a América Latina. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*. 27.2. pp. 219-258. DOI: <https://doi.org/10.18273/revanu.v27n2-2022009>
- José M. (2018). Migration and the historical formation of Latin America in a global perspective, *Sociologias*, 49, 24-68.
- Mera, H. (2020). Inmigración japonesa hacia Colombia: primeros pasos de una larga marcha. *Sociedad y economía*, (40), 144-152. <https://doi.org/10.25100/sye.v0i41.9476>
- San Miguel, I. (2018). *En pos de El Dorado: inmigración japonesa a Colombia*. Fondo de Cultura Económica.
- Stanford Libraries. (1943). *Sketch Map of Japanese Colonies in the Vicinity of Cali, Colombia*. Printed by the OSS Repro. <https://searchworks.stanford.edu/view/2997433>

Familia Itabashi

*Una mestiza muy exótica: la historia de vida de
una descendiente de japoneses en Colombia*

君が代は
Que su reinado, señor
千代に
dure mil generaciones
八千代に
ocho mil generaciones

¡Oh gloria inmarcesible!
¡Oh júbilo inmortal!

Madre colombo-japonesa

Yo tengo dos orígenes, uno colombiano e indígena y otro japonés. Mi mamá, de origen indígena, fue adoptada cuando era niña por una mamá viuda japonesa, perteneciente a una familia migrante que provenía de Fukuoka. En 1938, mi abuela llegó a Colombia y estando en el país se casó. Sin embargo, transcurrido algún tiempo su esposo falleció, quedando sin hijos. Al verse sola y sin posibilidades de retorno a su país natal, decidió traerse a una niña del Cauca para que le hiciera compañía. En ese entonces tenía un familiar que estaba encargado de un orfanato, en donde había tres niñas sin familia, y que no habían podido ser entregadas en adopción. Entonces, la sobrina de mi abuela decidió viajar al Cauca y estando allí eligió a una de las niñas -la que más le gustó, como cuando se elige un perro, me imaginó que mi mamá bateó mejor la cola y por eso la trajeron a Cali-. Aunque mi mamá mantuvo su

apellido después de ser adoptada, creció con mi abuela en Cali, en medio de una familia muy japonesa. Fue así como casi se vuelve otra japonesa.

Al crecer en medio de costumbres y prácticas culturales japonesas, la raíz indígena de mi mamá se perdió por mucho tiempo. No obstante, después de años logró conocer a sus hermanos y su papá biológico. Aunque ellos son “indios morados”, típicos del Cauca, mi mamá es blanca como la leche. Por eso yo creo que los hijos adoptivos terminan pareciéndose mucho a sus padres adoptivos y eso fue lo que ocurrió con mi mamá. De hecho, al ser tan blanca, mucha gente cree que mi mamá es japonesa, pero no, es indígena. Ellos son indios medio raros, yo creería que su origen es Páez, no estoy segura. Están ubicados en el Tambo, pero no son los típicos indígenas tradicionales. Son indígenas borrachos y vagos. Hace 20 años vivían en el campo, en el Tambo, pero por la necesidad de que sus hijos pudieran estudiar en la Universidad, los papás decidieron mudarse a diferentes ciudades, y cada hermano tomó un destino diferente. Actualmente, mi mamá mantiene comunicación con sus hermanas biológicas y se nota muchísimo la diferencia. Las hermanas notan que mi mamá no es igual a ellas. Por ejemplo, por la forma en que fueron criadas, ellas no comen lo mismo, mientras mi mamá come Sashimi y pescado crudo, ellas comen platos locales.

Un día, mi mamá estaba comiendo sashimi, encantada con lo rico que estaba. Las hermanas, al verla, casi se les para el pelo, la llamaron loca por comerse ese atún crudo. Aunque son hermanas de sangre, la crianza hizo una gran diferencia en lo que son hoy y la forma como ven el mundo y se relacionan. Mi mamá no se siente indígena, de hecho, yo me siento más indígena que ella. Mi mamá se siente Nikkei, su gusto gastronómico es japonés al igual que el ritmo de su trabajo. Ella es una máquina, no se cansa nunca.

Tercera embarcación, proveniente de Fukuoka: abuela materna

Antes de llegar a Colombia, mi abuela era estudiante, tenía 16 años y vivía con su familia: su mamá, su papá y cinco hermanos. En ese momento, cuando tomaron la decisión de migrar, mi abuela no podía llegar al país siendo soltera, tenía que estar casada, o ser parte de un núcleo familiar grande. Sin embargo, en el barco en que viajó conoció a un muchacho llamado Yamamoto. Mi abuela y él arreglaron las cosas y se casaron. Estando ya en Colombia, mi abuela, contra los deseos de su esposo, le dijo que cada uno cogiera por su lado, como lo habían acordado. Sin embargo, al ver la situación, Yamamoto intentó forzarla a consumir la relación. Al final, fueron los hermanos de mi abuela a quienes les tocó defenderla. Fue un matrimonio de papel.

Cuando mi abuela llegó a Buenaventura en la embarcación con su familia, en 1938, le impactaron mucho los negros. Eso en Japón no se veía y hasta ahora se ve poco. En ese momento, las personas viajaban por el Pacífico en barcos cargueros, y al llegar al país los recogían en unas lanchas más pequeñas para ir a tierra firme. En ese traspaso del barco a las lanchas, las familias japonesas se encontraron por primera vez con personas negras. Eran unos “negros grandotes” que les recibían las maletas y los cargaban. Esto impactó mucho a mi abuela y a su familia, porque ellos nunca habían visto personas de otro color de piel.

Mi abuela nunca se sintió colombiana, ella siempre me cantó el himno nacional de Japón, por eso yo crecí aprendiendo los dos himnos y todavía los canto. Mi abuela nunca dijo que era colombiana, nunca. Ella decía que era japonesa viviendo en Colombia. Pero a mí nunca me dijo que era japonesa, me decía que yo era colombiana descendiente de japoneses. Ella nunca me obligó a ser japonesa porque sabía la carga que conlleva serlo. Es que una cosa es ser una mujer japonesa y otra muy diferente es ser un hombre japonés. Son dos cargas muy diferentes. Cuando se es una mujer japonesa la carga es más fuerte, en Japón los

roles de género están muy marcados. Las mujeres en su proceso de formación personal y profesional tienen una visión de la vida diferente a la de la cultura colombiana, en la época de mi abuela, los roles sociales de la mujer eran más enfocados en los oficios y cuidados del hogar.

Padre sexador

Mi papá era de Hiroshima, a él le tocó la Segunda Guerra Mundial y vivió el momento en que cayó la bomba atómica mientras estaba ubicado en los alrededores. Él decidió salir de Japón a los 27 años, llegando al país en 1960 mucho después que mi abuela. Al migrar, se suponía que venía a Colombia a trabajar solo tres años, y al salir de Japón, le prometió a su familia que iba a regresar pasado este período de tiempo. Lo logró sólo dos veces, sin embargo, después nunca volvió, porque no le daba la vida para estar viajando entre ambos países. A Colombia llegó con un contrato para trabajar como sexador de pollos, junto con otro grupo de personas en varias empresas avícolas a nivel nacional. Los sexadores son expertos en distinguir el sexo de los pollos y los encargados de destinarlos a poner huevos o a engordar. En Colombia nadie sabía hacer eso, ellos fueron de los primeros que llegaron a hacerlo. Estuvieron por Santander, Cundinamarca, Valle del Cauca, Antioquia y por toda Colombia. Después de este tour conoció la colonia de japoneses en Cali. Hasta hoy creo que esta ciudad es el sitio que más japoneses tiene. En esa época, llegar a Cali era como llegar a la embajada de Japón, porque era donde había más japoneses en el país. Algunos de sus colegas se quedaron en Cali porque se casaron con mujeres caleñas, y otros se casaron con las descendientes de japoneses.

Cuando mi papá llegó a Colombia lo robaron. Ese evento influyó en la forma en que mi papá empezó a comprender el país. Él no sabía español, solo sabía decir gracias. Por eso, cuando se casó con mi mamá decidieron que yo debería tener una crianza distinta. Yo crecí estudiando japonés y en un colegio bilingüe en Cali. Cuando viajé a

Japón, yo ya sabía algo de japonés. Mi papá me decía “a ti te ha ido mejor y eres mucho mejor que yo, yo llegué de Japón diciendo gracias y tú ya hablabas sin ninguna dificultad”.

Muchos años después de que mi papá había llegado a Colombia, en la década de los 60 's, la hermana vino a visitarlo. Más de 20 años después, al fin se reencontraron. En esa época, salir de Japón ya era mucho más costoso, y regresar era más difícil todavía. No es como ahora que uno puede venir a visitar cuando quiera. Antes de viajar, mi papá era estudiante de sexador, él se graduó e inmediatamente se vino a Colombia con la idea de explorar. Una vez en el país, hizo muchas cosas, fue docente universitario y enseñó origami en Antioquia, así que siempre transmitió la cultura japonesa a los colombianos. Mis papás se separaron cuando yo tenía tres años, y yo vine con mi mamá a vivir a Cali. Como él llegó con un contrato con las avícolas del país, entonces no era tan difícil, la empresa le facilitó los papeles porque al ser una técnica tan especializada, Colombia no tenía conocimiento en esa área.

Mi papá a veces se sentía paisa, porque a diferencia del Valle del Cauca, Antioquia no tuvo tantos inmigrantes, entonces él para no sentirse discriminado respecto a ese nacionalismo que hay en Antioquia, a él le tocaba volverse un camaleón. Era hinchado del Nacional y comía arepa, hablaba en japonés, pero también con acento paisa, así arrastrado.

¿Arepa o Sashimi? Ambas

Mis papás se conocieron en Cali, a través del encuentro que se llama Omiai, es un espacio donde los solteros se conocían en un inicio por fotos y si les agradaba la persona pensaban en la posibilidad de establecer una relación. Ellos se casaron en Cali y más adelante se fueron a vivir a Medellín. Nací en Medellín en 1979. Después de que mis papás se separaron, yo me vine a Cali con mi mamá cuando tenía tres años, no me acuerdo nada de Medellín. Soy una paisa muy chiviada. Yo me siento más valluna, hablo como valluna, me expreso

como valluna y no me identifico en nada con lo paisa, lo único que me gusta es la arepa y el chicharrón. Mi corazón es caleño, estudié aquí toda la primaria y bachillerato en el colegio Jefferson y luego estudié derecho en la Universidad San Buenaventura. Hago todo lo que hace un caleño, bailo salsa, nado, voy a Pance, monto bicicleta y como chontaduro.

Yo no sabía que era diferente hasta que me topé con gente más caleña. En mi colegio, el Jefferson, estaban todos los descendientes de japoneses, los anuarios lo muestran. Cuando yo me gradué éramos una asiática y cuatro nikkeis, y así era cada año, con mínimo un descendiente japonés en la promoción. Me mantenía rodeada de japoneses, cuando iba a estudiar japonés me encontraba con los mismos compañeros del colegio. Nunca me sentí como un bicho raro, éramos raros sí, pero todos estábamos juntos, en el mismo sitio, entonces no nos sentíamos raros.

Como descendiente de migrantes se vive diferente y se tiene miedos diferentes, es otra forma de percibir la vida. Cuando los papás de uno son migrantes, saben lo que es no tener nada, te vuelves creativo en la cocina, no desperdicias nada. En mi casa estaba prohibido dejar un grano de arroz en el plato, todo lo que se sirve se debe comer. Eso es muy diferente a lo que ocurre ahora, cuando después de mucho tiempo, puedes decidir si comer o no. En los hogares la comida representaba dinero y esfuerzo, no se podía desperdiciar nada. Otra cosa es que también te vuelves muy persistente porque no tienes derecho a perder. Me explico, cuando no eres inmigrante puedes decir “no pude hacerlo” porque tienes de donde agarrarte, familia y amigos. Pero cuando eres inmigrante no tienes eso, si o si tienes que hacer las cosas para poder sobrevivir, creces con otros valores, no puedes hacer el mínimo esfuerzo, tienes que darlo todo siempre. Además, no te da miedo empezar cualquier cosa porque tus papás también lo han hecho, no te da miedo equivocarte.

Tengo que decir que sí hay momentos donde prefiero hacer cierto tipo de cosas con colombianos y otras con japoneses, y otras las hago simplemente a mi estilo. Por ejemplo, salgo de rumba con colombianos, pero la comida prefiero compartirla con japoneses; Respecto al trabajo, no creo que mi estilo sea tan colombiano, pero tampoco tan japonés. Los colombianos tienen una cosa que casi no me gusta en su forma de organizarse, y es que hay mucho cacique y poco indio, todos quieren mandar, pero nadie se quiere untar. Yo me creo normal y juro que soy normal hasta que hablo con mis amigos y ellos me dicen que no lo soy. Yo creo que influye ser de ambos mundos. A los colombianos si les parezco rara, por ejemplo, mientras estudiaba derecho en la Universidad siempre llegaba en bicicleta. Aunque en Japón ese es el medio de transporte más utilizado para llegar a cualquier lado, a mis compañeros les sorprendía. También, a mis compañeros les resultaba extraño que para mí la rumba no lo era todo. Aún hoy ocurre.

Mis mejores amigos son descendientes de japoneses. A diferencia de mi papá, yo sí he ido varias veces a Japón, unas 5 veces, en periodos cortos, aunque una vez estudié 15 meses japonés y fashion Business, por el negocio de la familia. Nosotros trabajamos en el sector textil, eso me impulsó a solicitar una beca para poder estudiar algo que tuviera relación con lo que hacíamos aquí. Me ha pasado que la gente piensa que, porque mi familia sabe de la industria textil, yo también sé, pero no, los conocimientos te llegan porque estudiaste, no porque sos el hijo de alguien.

Yo no nací en una familia católica, entonces no celebramos muchas tradiciones o festividades de esa religión. En mi familia no se celebra Navidad como la celebra un caleño, los villancicos, el árbol y eso. Lo que nosotros hacemos es una cena pequeña, si alcanzamos a hacerla, porque al trabajar en el sector textil, diciembre significa puro trabajo, solo queremos dormir. Aunque a mí si me encantan las novenas navideñas, no hago el pesebre en mi casa, pero me encantan

que me inviten a otras casas, amo los villancicos. Yo crecí en una religión japonesa, mi casa es misionera de la religión y mi mamá es reverenda. Pero hasta esa generación llegó, no quiero seguir con la tradición, no quiero ser más parte de ese tema. Aunque navidad no la celebramos mucho, año nuevo sí. En esa fecha hacemos una buena cena, y vamos a hacer visita al templo. En la religión hacemos sanación por medio de imposición de manos, que fue como me crié. Yo crecí en medio de sanadores.

Cuando pienso en cómo hemos contribuido al país, pienso en la manera en que mi familia ha aportado al campo de las artes marciales en Colombia, desde el principio. Mi abuela era amiga del fundador de Judo en el Valle del Cauca, el señor Susumo Takahashi y él al verla viuda, sabía que tenía que buscar el modo de sustentarse, así que les dijo a sus estudiantes que fueran donde mi abuela a que ella les hiciera sus uniformes de Judo. Ella sin saber hacer uniformes para artes marciales se arriesgó a confeccionarlos, cuando lo terminaron, los muchachos se fueron muy contestos, pero cuando los lavaron encogieron 20 centímetro. Ella, con la paciencia y persistencia de una japonesa, desbarató y volvió a confeccionar los uniformes y poco a poco fue perfeccionando la técnica, y así fue como comenzó esta familia a trabajar por las artes marciales en Colombia y hemos crecido junto con ellos.



Fuente: archivo familiar, familia Itabashi

FAMILIA ITABASHI



Fuente: archivo familiar, familia Itabashi



Fuente: archivo familiar, familia Itabashi



Fuente: archivo familiar, familia Itabashi

Sm

Familia Nakayama

Una historia de vida

El presente es un corto relato que nos regaló la señora M. Nakayama (se omite el nombre por pedido de la entrevistada), contándonos cómo fue la llegada de su familia japonesa a Colombia, así como los retos y las oportunidades que trajo consigo este encuentro entre las dos culturas.

La llegada de su padre

Soy de la familia Nakayama de Kuratomi. Nakayama era el apellido de mi padre, Tadashi Nakayama, quien vino en la tercera migración que salió de Japón hacia Colombia en 1935. Fueron tres los grupos de inmigrantes que llegaron al país entre los años 1929 y 1935. El primero salió en 1929, el segundo no recuerdo cuándo fue exactamente. En el tercero llegó mi papá siendo aún muy joven. Mi papá era soltero, y al igual que otras personas que decidieron emprender el viaje sin haberse casado, los acomodaron en grupos familiares o de amigos. Esto se hacía para que el gobierno les pudiera asignar parcelas de manera colectiva, recursos económicos y otros incentivos que facilitaran su llegada a Colombia.

Como cosas del destino, en el grupo de mi padre estaba quien más adelante sería mi suegro. Esto hizo que después, la historia de ambas familias se uniera. Al llegar, mi papá empezó a trabajar ayudando en las labores colectivas de agricultura. Se trabajaba en comunidad, cuando terminaban de preparar la tierra de uno, seguían con la del otro y de esa forma, se ayudaban entre todos a terminar las labores del campo.

Él decidió venir por la recesión económica que se dio a nivel mundial en 1930. Al igual que otros países, Japón también entró en una depresión muy intensa. Como el país llegó a aguantar hambre, entonces, se empezó a difundir el rumor sobre un convenio que permitía a los japoneses viajar a Brasil, o a otras naciones de Latinoamérica para tener una vida más segura. Ellos creyeron que iban a venir acá y que iban a poder hacer mucha plata, a diferencia de lo que ocurría en ese momento en Japón. Así, ante la escasez y la depresión, mi papá decidió venirse a Colombia, pues él era el mayor de la familia, y por lo tanto, el responsable de sacarla adelante. Tenía dos hermanas y un hermano menor. Yo creo que por eso fue que se aventuró.

Mi papá arribó a Buenaventura y, como todos ellos, llegó por vía marítima. El barco en el que se hizo la primera y la tercera inmigración fue el mismo. En ese momento no había muelle, por lo que al llegar tenían que bajarse y llegar hasta la costa en canoas. Era, también, la primera vez que veían personas negras o morenas, y les generó un gran susto, ya que no las habían visto antes, y tampoco les habían hablado de ellas. Ni se imaginaban que existían personas con otro color de piel, en gran medida porque en aquella época casi no había comunicación en todas las regiones del mundo, y lo que ocurría fuera del entorno común permanecía totalmente desconocido.

Uno de los elementos que también me parece importante resaltar es que en la historia de la migración japonesa aparecieron varios actores. Entre ellos, tres jóvenes, que fueron los que hicieron el convenio con el gobierno. Los tres fueron estudiantes de universidad. Ellos habían leído “La María”, que se tradujo del español al japonés por esa época, y eso fue lo que les dio la pauta para migrar. Al llegar a Colombia se enamoraron de estas tierras. Y bueno, ya en esa primera inmigración, que fue de cinco familias, estaba mi suegra, que llegó de seis años al país. Cuando llegaron, casi no tuvieron problemas para relacionarse, parecía que todos eran muy amigables. Sin embargo, el

mayor obstáculo en ese momento era el idioma, no se entendían. Pero me imagino que por señas se dieron a entender.

También pusieron una escuela, según dice el gobierno de Japón. Cuentan que uno de los pioneros, les daba clase a los jóvenes por la noche. De día trabajaban, y en la noche recibían clases de español. Luego recibieron ayuda del gobierno japonés para que también les dieran clase de japonés y así no se perdiera el idioma para las nuevas generaciones. Si bien las embarcaciones llegaron a Buenaventura, las personas que migraron no se quedaron allí. Cogían el ferrocarril y llegaban hasta Yumbo, y de allí cogían una chiva y los llevaban hasta Corinto (Cauca). Pero mi papá solo llegó hasta Cali, que era una parada en el camino.

La agricultura como nueva herencia familiar

Los japoneses llegaron con el proyecto de Cultivar. Al embarcarse en el viaje hacia Colombia, muchos pensaban que en estas tierras iban a poder cultivar arroz. No obstante, cuando comenzaron a hacerlo, rápidamente se dieron cuenta que ese tipo de cultivo no tendría futuro. Esto no resultaba por las condiciones de la tierra y también porque la mayor parte de los terrenos se utilizaba para tener ganado. Prácticamente no había cultivos. Por eso se dice que ellos fueron pioneros en la agricultura, porque fue ahí donde empezaron a organizarse, y entre todos, lograron desmontar esos pastizales y empezar a diversificar los cultivos. Antes de venir, mi papá todavía no cultivaba en su país natal. Eso comenzó fue aquí.

Mi papá continuó trabajando en el campo y al tiempo de haber llegado se conoció con mi mamá y se casaron. Tuvieron seis hijos, de los cuales yo fui la mayor. Cuando cumplí la edad para entrar al colegio, como vivíamos en el campo, mi papá le dijo a mi abuelo materno que me recibiera en Cali, mientras él se organizaba para comprar casa. Por eso, en mi periodo de estudio viví en Cali con mis abuelos, pero en vacaciones volvía al campo con mis papás y hermanos. Mi abuelo,

como una de las primeras personas en llegar a Cali, recibía a mucha gente en su casa. Siempre llegaban a pedirle apoyo y consejos. Le tenían mucho respeto, por ser ya mayor y tener mucha experiencia.

Ahora, cuando estudié aquí en Cali, lo hice en un colegio con bachillerato comercial. Luego me fui a estudiar dos años a Medellín, en una escuela anexa a la Universidad de Antioquia. Era de orientación familiar. Luego me devolví a Cali y comencé a trabajar en una empresa de importación japonesa. Ellos me ayudaron mucho. En ese tiempo, recuerdo, se importaba mucho acero y hierro desde Japón, y las empresas y su intercambio comercial mantuvieron vivos los vínculos con Japón y la colaboración entre unas y otras.

Aún hoy mi familia se dedica a la agricultura, porque mi papá era agricultor y la familia de mi esposo también. En su familia eran cinco hermanos y mi suegro, y todos tenían tierras. Entonces, los hijos, aunque estudiaron al principio carreras diferentes, al ver que no había quién manejara la tierra, pues se metieron a trabajar en la agricultura, y ahí siguieron hasta el día de hoy. Mi hijo menor es agrónomo, por ejemplo. Trabajó un tiempo en Bogotá, en caficultura y por eso aprendió mucho de ese campo, pero se cansó de Bogotá y se devolvió para trabajar con mi esposo, que también trabajaba en agricultura. Mi esposo tenía setenta años y ya era el momento de parar de trabajar, entonces mi hijo tenía que ir más o menos cogiendo el ritmo de lo que se hacía acá.

La asimilación cultural

Como japoneses todavía mantenemos vivas algunas tradiciones culturales. Hay algunas que lo marcan a uno. Por ejemplo, el respeto por los mayores, como los padres, es muy importante para nosotros. Inclusive, celebramos el Día de las Personas Mayores. Las personas que llegan a sus 70 años se consideran que ya están en su etapa en que deben descansar, y por eso, la siguiente generación debe asumir la responsabilidad de la familia. Aunque aquí en Colombia, por temas

económicos, se estableció que esto ocurre a partir de los 75 años. Pero creo que en Japón es a partir de los 70. En eso nos diferenciamos de Colombia.

Muchas familias japonesas conservan sus creencias y sus prácticas, y todos creemos lo mismo, por ejemplo, en la existencia de un solo Dios. Pero, el enfoque de la religión de Japón, el sintoísmo y el budismo, está en la naturaleza y el respeto, me parece. Sin embargo, al llegar aquí, con hijos pequeños, o hijos que iban naciendo, y que debían ingresar a colegios, las familias empezaron a adoptar ciertas prácticas de la religión católica, ya que en ese entonces se solicitaban los certificados de bautismo para el ingreso a la educación. Y pues no había discusión, tenían que entrar al colegio. Entonces, había que bautizarlos, porque en esa época le exigían a uno el certificado de bautismo y todo eso. Las familias se fueron adaptando. Otro escenario similar ocurría, por ejemplo, cuando un miembro de la familia moría. ¿Qué había que hacer? Pues, se hace lo que las costumbres de aquí decían.

Bajo este contexto, los jóvenes resultaron ser el vínculo entre las tradiciones locales y las tradiciones japonesas. Fueron ellos los que les enseñaban a los papás lo que se debía hacer: tenemos que hacer esto, tenemos que bautizarnos, hay que hacer la primera comunión. También, los nombres que les ponían a los niños y niñas descendientes de japoneses eran colombianos porque aquí nacieron y el sacerdote tenía que ponerles un nombre. En mi caso, mi mamá me contaba que ella cumplía años en mayo, que es el mes de la virgen, entonces decía: “pónganme, María”. Muchas cosas pasaron de ese modo, y fue así como nos convertimos al catolicismo dejando atrás la práctica del sintoísmo o el budismo.

Respecto al idioma, mi papá no hablaba el español cuando llegó al país. Y nosotros, cuando entramos al colegio, tuvimos problemas de comunicación, como se han de imaginar. En algunas familias, como en mi caso, mi papá me hablaba mucho en japonés y yo le entendía,

pero yo no lo hablaba, entonces le contestaba en español, y él más o menos me entendía. Teníamos ese problema. Había muchas familias en las que se hablaba japonés activamente, eso dependía mucho de la mamá, pero, de todos modos, al entrar al colegio, eso iba cambiando. Yo le decía cuando joven: “Mamá, ¿y usted por qué no le habla en japonés a mi papá?”, y ella me decía que era porque ella ya había nacido en Colombia. Mi abuelo y mi abuela llegaron con dos hijos mayores, pero mi mamá sí nació aquí. Ella ya estaba más relacionada con el español.

Cuando llegó el momento, me casé y me tuve que ir a vivir a Zarzal, en una finca. Años después regresé a Cali, por el estudio de mis hijos, entonces volví a retomar las clases de japonés y, de hecho, todavía estoy en clase. Una vez fui a Japón a conocer a mis tíos, a mis primos y amigos que había allá. Pero es otro mundo, en Japón todo es muy distinto. Hay algunas cosas que a uno le impactan: el orden, la disciplina y todo eso. Pero, pues, como a uno constantemente se lo están contando, entonces ya uno más o menos se lo imagina.

Nosotros somos colombianos. Nacimos aquí, nos criamos y nos educamos aquí. Me considero muy afortunada de tener las dos culturas. Soy colombiana y vibro con todo lo colombiano, con el fútbol y con todo. Igual que un colombiano. Y aprendo de la cultura japonesa. Todos decimos que somos muy afortunados de tener dos culturas. Uno toma lo mejor de cada una y aprende también con lo malo, porque de todo se aprende. Con mis abuelos y las primeras generaciones, éramos más temerosos, porque ellos eran más estrictos. Pero ahora todo ha ido cambiando. Dentro de cinco años se cumplen 100 años de la inmigración, entonces eso de ser tan estricto ya casi no queda.

El legado japonés para Colombia

Considero que el legado de Japón para Colombia es la responsabilidad, la disciplina y la honradez. Eso lo tienen los japoneses. Recuerdo que mi papá era muy estricto en eso. Inclusive ahora, que

estoy aprendiendo japonés, es que ya entiendo el nombre de mi papá: “Tadashi”, que significa “correcto”. Y mi hermana, que es contadora, es también así, muy estricta.

Yo creo que siempre hay un orgullo que se siente por todo lo que nos enseñaron los padres, los abuelos y el hecho de que ellos hayan podido venir y trabajar aquí, y que no hayan tenido problemas. Ellos se sienten muy agradecidos. Por ejemplo, como en los periódicos de la ciudad siempre han sacado cosas sobre la comunidad Nikkei, mi esposo sacaba los recortes y los guardaba. Mi hija recogió todo eso y lo organizó en un álbum cuando mi esposo falleció hace dos años.

Esta es la mamá de Pablo, mi suegra (mostrándonos varios recortes de periódico). Ella colaboraba mucho con obra social, para la Patrulla Naval del Pacífico, que operaba a niños con labio leporino. Hacía unos téis muy deliciosos y le gustaba mucho el ikebana, es decir, el arreglo floral japonés. Ella hacía eso en el Club San Fernando y recogía fondos para pagarle a los médicos que hacían la operación. Estos niños eran más que todo de Buenaventura. Los traían y los operaban ahí, en el Club Noel. Ella era una persona muy activa, y pues, hizo esa obra social pensando en que tenía que dar algo para la tierra que los había acogido y les había dado tanto, y así retribuir. Estaba muy agradecida.

Inclusive, yo le preguntaba a mi papá “¿Usted no quiere regresar a Japón?”, y él me contestaba: “No, yo ya, yo no. Yo me quedo aquí. Aquí el clima es muy bueno, hay para trabajar y la gente es amable con uno.” Y todos murieron aquí.

(Relato sobre la inmigración de la familia Nakayama a Colombia. Entrevista realizada el 04 de abril de 2024).

Análisis sobre el relato de la familia Nakayama

La entrevista que la señora Nakayama nos concedió arroja muchas luces sobre lo que significó para ambas naciones el proceso de

migración hacia Colombia. Por una parte, para decenas de familias japonesas significó un nuevo comienzo y la esperanza de encontrar una mejor calidad de vida frente a la alerta de una recesión económica mundial y de una guerra a gran escala, que golpearía de una manera particularmente nefasta a la nación japonesa. Su llegada al país, sin duda, no deja de ser una experiencia traumática, que expresa un desarraigo casi obligado. Que también los llevó a emprender el viaje trayendo sus prácticas agrícolas como motores de lucha y resiliencia, lo cual favorecería no solo el renacer económico de sus familias, sino también una buena parte del progreso económico del nuevo país que los acogió.

Por otra parte, la historia de vida de esta familia, que entretrejida con muchas otras que la entrevistada deja entrever en su relación con la colonia japonesa en Colombia, muestra ciertas singularidades en el talante y la idiosincrasia propias de su cultura. Nos presenta una comunidad de carácter estoico, pacifista, conciliador y emprendedor, donde los lazos de amistad, lealtad y respeto cohesionan un grupo heterogéneo de individuos que, movidos por la necesidad y los sueños de un mejor futuro, se unen para conquistar el sueño del “Paraíso”, en unas tierras extranjeras. Aunque bien, no dejan de ser bellas, tampoco dejan de ser difíciles de abordar por las abismales diferencias geográficas, climáticas, idiomáticas y culturales que representan. En este sentido, la nación japonesa le deja un gran legado a Colombia: el mantenimiento de sus férreas convicciones éticas, que se viven y practican en comunidad. El trabajo duro y honrado, el respeto y la sana convivencia con la otredad, el sentido del trabajo comunitario, la reverencia hacia las personas mayores, la práctica activa de la gratitud, son cualidades y actos, que bien, podríamos esforzarnos como colombianos para incorporar con mayor ahínco en nuestra propia cultura.



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista



Fuente: fotografías tomadas durante la entrevista

Sm

Familia Takegami

Aunque estemos lejos, que no nos falten nuestras tradiciones

La familia Takegami llegó al Valle del Cauca buscando un mejor futuro para sus integrantes, pero la verdad, es que su nuevo hogar traería varios retos. Uno de ellos, nos cuentan, fue que, por varios motivos, la abuela de la familia se enfrentó a los prejuicios machistas de la época, tomando la decisión de volver a Japón con 3 de sus 7 hijos. Así, la familia quedó dividida, sin contacto entre Japón y Colombia. En el Valle quedaron 4 de sus hijos. Entre ellos, Hideo. Él es el padre de Gustavo, quien nos cuenta esta historia.

En Colombia, la familia Takegami tuvo que afrontar adversidades económicas en varias ocasiones. Sin embargo, relata Gustavo, después de la quiebra en Palmira, se unieron mucho más. Fue por medio del trabajo duro en Popayán, el Patía y el Km 30 en la salida de Cali, que fueron conociendo a su papá y reconectando con sus raíces japonesas. Con la determinación de su madre, quien tenía las riendas de la familia, y el esfuerzo de su padre, salieron adelante de varias maneras. De esta manera, la familia fue floreciendo y ningún desastre pudo contra ellos.

Hoy en día, la familia Takegami está repartida en varias partes del mundo. Sin embargo, para ellos es infaltable una tradición. Todo comenzó con su papá, quien era enfático en decir que: “como el primero de enero es la cabeza del año, tenían que comerse un pescado con cabeza”. Es por eso por lo que, sin importar las dificultades o las distancias, siempre se hizo un esfuerzo por continuar esta tradición. Hoy, esta queda como legado de su ascendencia. Gustavo Takegami hace honor a su apellido trabajando con bambú, mientras reconoce

FAMILIA TAKEGAMI

con humor que “hijo de tigre sale pintado” y se puede ver un claro parecido entre él, su padre, su abuelo y su hijo.



Fuente: fotografías enviadas por Gustavo Takegami



Fuente: fotografías enviadas por Gustavo Takegami



Fuente: fotografías enviadas por Gustavo Takegami



Fuente: fotografías enviadas por Gustavo Takegami

FAMILIA TAKEGAMI



Fuente: fotografías enviadas por Gustavo Takegami



Fuente: fotografías enviadas por Gustavo Takegami

Familia Yabe Kuratomi

Historias de vida

El “Pacífico es Pacífico”, es una frase que utiliza Erika Yabe Kuratomi para explicar las similitudes que existen entre Colombia y Japón, aunque se encuentren al otro lado del mundo. Pero, como así lo menciona ella, así la distancia entre ambos sea considerable, en la Costa Pacífica tanto de Colombia como de Japón, se pueden encontrar los remedios de la abuela y las similitudes en la gastronomía, por lo que nos hace sentir que “estamos más cerca de lo que pensamos”.

La historia de esta familia tiene distintos puntos de partida, debido a que Erika es hija de dos inmigrantes japoneses quienes se conocieron en Colombia, y cada uno aportó su propia experiencia migratoria a su hija. Su padre fue estudiante de Economía en Tokio y llegó a Colombia por un póster que encontró en su universidad, en el que se incentivaba la migración hacia Latinoamérica. Le causó mucha curiosidad y decidió postularse sin esperanza alguna de quedar, pero contrario a todo lo que esperaba, fue uno de los escogidos para trasladarse a Latinoamérica, específicamente a Colombia. Así fue como se convirtió en una de las dos únicas personas que iban a ser mandadas a este territorio del gobierno japonés. Mientras que, la experiencia de su madre consistió en una migración en 1953, cuando tenía 12 años, porque su abuelo Isoji Kuratomi, que fue una de las personas que migró en la primera embarcación que llegó a Colombia, había dejado a su hija mayor en Japón para ver cómo era este nuevo mundo. Después de la Segunda Guerra Mundial, los mandó a traer y fue de esta manera como Isabel Kuratomi de Yabe, madre de Erika, llegó a Colombia.

Hoy en día, la familia entera disfruta vivir en Colombia, específicamente por el clima tropical, los paisajes, la calidez de las personas y la diversidad de las culturas que se encuentran en un mismo territorio compartido. Igualmente, resalta el papel de las diferentes colonias que se encuentran en Cali, como la japonesa, alemana, árabe y otras más. Hay una gran disponibilidad de productos de otras culturas en la cotidianidad, y a un buen precio. Asimismo, Erika destaca las “oportunidades de hacer lo que uno quiera”, que en su opinión esto no pasa en Japón, donde la cultura está netamente enfocada al trabajo. En contraste, en Colombia “por más que se trabaje, se puede sacar tiempo para realizar los pasatiempos y actividades adicionales”.

Erika vivió en Japón 3 años, entre finales de los años noventa y el dos mil, mientras hacía su pregrado en lenguas extranjeras, pero menciona que no le gustaría vivir ahí debido a la posición sumisa que tiene la mujer. Ella no se imaginaba trabajando en Japón, y el hecho de que no dominara el idioma, fue un problema al inicio. Erika tuvo conexión con el idioma por medio del manga, y su interés y disfrute por la música nació ya estando en Japón, específicamente del reggae japonés.

Los japoneses quieren mucho a Colombia porque les dio la seguridad alimentaria que antes no tenían. Esto es algo que recuerdan mucho las familias de japoneses, porque su abuelo Tsuyoshi Kuratomi contaban sobre sus primeros meses en el país. Y es que se sentían felices cuando estaban en las casas hechas de guadua, no tenían frío, la luz de la luna entraba por la guadua y comían arroz. Incluso, sin importar las experiencias de frío o de calor, ya eso no importaba.

Retomando todo lo anterior, la familia no reconoce dificultades históricas, solo dicen que se trabajó muy duro. Una de las razones de esta aseveración tiene que ver con que su familia se mira lo bueno, y lo negativo se tiende a dejar para otras instancias de su consideración. Entonces, es algo que ha sido muy importante para Erika y su identidad híbrida, puesto que ella busca extraer lo mejor de ambas

culturas. Ella no niega que lograr un punto intermedio es difícil, pero, aun así, es importante mantener las tradiciones. Un bello ejemplo de lo anterior se observa en el rito que su familia celebra al seguir poniendo ofrendas a sus seres queridos muertos. En la casa de Isabel Kuratomi de Yabe está el altar del padre de Erika Kinsaku Yabe, y en la casa de su hermana se encuentra el de su abuelo Tsuyoshi Kuratomi, dado que fue ella quien lo cuidó hasta el día que falleció. Un apéndice especial de esta historia es que, cuando viajaron a Japón, llevaron un mechón de pelo de su padre para regresarlo a sus orígenes como una manera de agradecimiento.

De los valores japoneses que más vio en su familia, Erika resalta el respeto y el agradecimiento, al igual que busca practicarlos todos los días. Estos dos valores son algo que ella considera que los colombianos deberían aprender. En cuanto al respeto, se refiere a: “no pasar por encima del otro para obtener lo que quiero”. “No tome lo que no es suyo, ayude a alguien que lo necesita, hay que usar la inteligencia y los recursos para crecer y generar, no para quitar”. Sobre el agradecimiento, las personas se quejan de que tienen que pagar impuestos, pero eso se puede ver de otra manera si pago mucho es que me fue muy bien en ese año, y luego eso también lo recibe uno.

Otro aspecto de la cultura japonesa que es de destacar es el trabajo en equipo. Nos cuenta Erika que fue importante para el desarrollo tanto de la colonia, como del mantenimiento de su cultura. Este valor enseña que todos podemos avanzar individualmente, pero si lo hacemos juntos podemos lograr más. La primera ola migratoria que llegó al país trabajó apoyándose mutuamente, por ejemplo, al construir las casas primero todos ayudaban a hacer la casa de una familia y cuando estaba lista, seguían con otra.

Ahora bien, algo que a Erika le costó mucho aprender fue que, servir a su papá o a sus amigos cuando van a casa, no es sumisión, es atención, lo que consistió en un aprendizaje que tuvo y que interiorizar, por lo que este ejemplo ayuda a visualizar los cuestionamientos inter-

nos que se planteaba estando en dos culturas. Erika tiene aspectos de ambas culturas, pero hace énfasis en que es muy difícil balancearlos. Ella considera que hay un estereotipo de que los japoneses son muy estructurados y disciplinados, y ella no es disciplinada, pero la honorabilidad sí que es algo que destaca dentro del estereotipo japonés, y que es muy importante para ella y su familia.

Para Erika, la identidad japonesa de la familia está intrínseca en ellos, mencionando que “la sangre llama”. Por ejemplo, uno de sus primos nunca se preocupaba por conocer sus raíces, pero a sus cuarenta y tantos años, ahora quiere aprender japonés y de la cocina japonesa, para acercarse a eso que hace parte indirecta o directamente de él por parte de sus antepasados. Es así como el idioma, la música y el arte se vuelven medios importantes para descubrir de dónde viene uno. Además, otra evidencia de lo anterior es que aún hay personas de la familia que siguen trabajando en la agricultura por legado, pero también hay personas en ramas como la medicina, ingeniería y diseño. En el caso de Erika, administra la finca familiar, que fue el trabajo que le dejó su padre cuando todo el sistema de impuestos se empezó a modernizar y el internet tuvo un rol más importante en la administración de los activos.

En medio de todo lo que Erika narra, cuenta que le pusieron un nombre que funcionaba para todos los idiomas. Es pronunciable en todos. Ella es la hija menor, y sus dos hermanos tienen un nombre occidental y uno japonés, antes usaban el nombre occidental, pero ahora, por la globalización se aprecia lo diferente, por lo que empezaron a usar el nombre japonés. Por ejemplo, el nombre japonés de la hermana es Satomi y ya todos la conocen por ese nombre. De hecho, le puso el mismo nombre a su restaurante.

El padre de Erika fue vicepresidente de la asociación, por lo que pudo ejercer relaciones diplomáticas. Además, tres años después de llegar de Japón, se encargó de recibir a los japoneses que llegaron y ayudarles a conectar con la comunidad colombiana, enseñándoles

cómo funcionaba todo en el lugar que los recibía. Algo que el padre de Erika siempre admiró de Colombia es la unidad familiar, dado que, en Japón, cuando los hijos se van de la casa, ya siguen con su vida por aparte. Aun así, la familia Yabe siempre se reúne en Japón, como se puede ver en las siguientes imágenes y eso es algo que al padre de Erika le gustaba mucho y que lo hacía sentir orgulloso de su familia, porque no era común en Japón.

Un elemento adicional que ha sido crucial para preservar la identidad ha sido la comida. En el mundo contemporáneo, varios textos discuten la influencia de la comida en la identidad cultural. Es común encontrar en todos ellos, la afirmación de que la comida conlleva significados históricos y culturales que evolucionan con el tiempo, reflejando la identidad de una nación y su memoria. Los mecanismos de memoria permiten a las culturas preservar, reorganizar u olvidar ciertas prácticas alimentarias, que a su vez expresan una identidad religiosa y festiva. (Sánchez Martínez, s.f.) (Delgado Salazar, 2001). Tal cual es lo que Erika y su familia reflejan con el hecho de preparar comida japonesa en sus casas, y más ahora, que por la globalización es más fácil conseguir los ingredientes. Además, Satomi, la hermana de Erika, tiene un restaurante de comida japonesa en Cali, ubicado en el centro comercial Unicentro, donde muestra una parte de su cultura.

A lo largo de los años, desde la llegada de su familia a Colombia, la interacción con la comunidad local se ha dado por medio de trabajo, educación, deporte, manualidades, pintura y costura. Viva muestra de ello fue que la abuela de Erika Hatsuki Kuratomi tuvo un grupo de costura en Cartago, y además, la familia hace muchas manualidades como origami, que solían vender para decorar fiestas como las de matrimonio. La integración también se dio por medio del trabajo y por este medio lograron aprender español, pero Erika cuenta que, hasta antes de fallecer, su padre aún hablaba español un poco enredado. Ampliando un poco más sobre el idioma japonés,

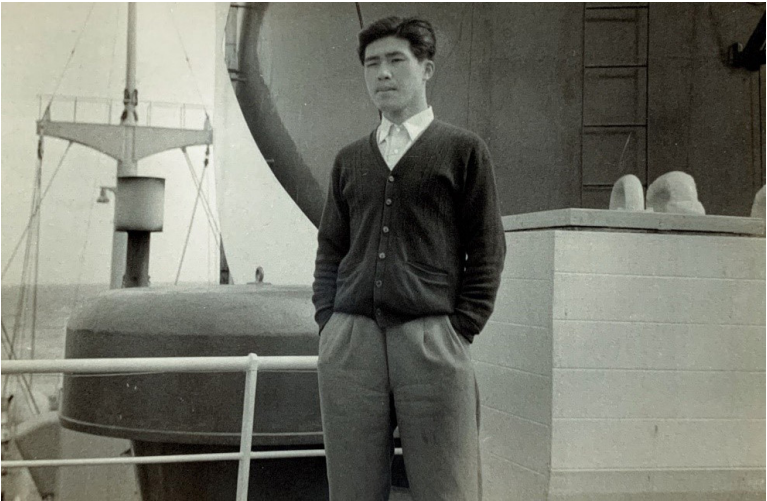
nos cuenta que la segunda generación lo entiende, pero no lo habla, de hecho, Erika se vino a interesar en el idioma estando ya en Japón.

La iglesia también fue importante para la integración con la comunidad, debido a que algunas familias se convirtieron al catolicismo cuando llegaron a Colombia. Al respecto, Erika recuerda que hay un dicho que dice: “Se nace shinto, se casa por el matrimonio católico y se muere budista”. Fueron varios los motivos que los llevaron a la conversión de su fe, algunas culturales, sociales y otras hasta dialécticas. Entre estas, el bautizo jugó un papel importante, en tanto que también demuestra la mezcla de ambas culturas. Por un lado, el rito católico, que consiste en un sacramento para la iglesia, y por otro lado, en Japón hay una tradición en la que el bebé se presenta a la sociedad a los 100 días de nacido. Así que este sincretismo llevó a que Isabel bautizara a sus hijos a los 100 días de nacidos uniendo ambas tradiciones.

Queda decir que la cultura japonesa ha enriquecido la consolidación de la nación colombiana a través de diversas contribuciones significativas. Desde valores arraigados como el respeto y el agradecimiento, hasta la promoción del trabajo en equipo que llevó al desarrollo de la agricultura y el apoyo de la embajada de Japón, gracias al financiamiento de equipos y de las investigaciones en medicina, biología y en Ingeominas. Por ejemplo, una ambulancia y un camión de bomberos en Guacarí, Corinto y Palmira fueron donados por el gobierno de Japón, como agradecimiento hacia Colombia. Todos estos aspectos nos hacen reflexionar sobre el valor de tales aportes y el entramado cultural bajo el cual están representados: la historia de las familias y su migración.



Fuente: Archivo familiar, Tsuyoshi Kuratomi y Lola Kuratomi en el Jagual, Cauca.



Fuente: Archivo familiar, Tsuyoshi Kuratomi, Yokohama, Japón.

FAMILIA YABE KURATOMI



Fuente: Archivo familiar, Hugo Kuratomi manejando el tractor y Tsuyoshi Kuratomi y en Aibetsu Hokkaido



Fuente: Archivo familiar, Familia Kuratomi en Cartago.



Fuente: Archivo familiar, Tsuyoshi Kuratomi y Hatsuki Kuratomi en el puerto de Yokohama



Fuente: Archivo familiar, Tsuyoshi Kuratomi y Hatsuki Kuratomi con sus tres hijos. También están la abuela, tía y primo de Hatsuki, la familia con la que ella creció en Japón.

FAMILIA YABE KURATOMI



Fuente: Archivo familiar, Reunión familia Yabe 1976.

Familia Doku

Huellas imborrables: respeto, disciplina y puntualidad

La historia de la familia Doku en Latinoamérica empieza con una simple idea: el deseo que tenía Toshio Doku, el abuelo de Marvin Hideki, de ser parte de la masiva migración de japoneses radicados en Perú. Fue por este deseo que el abuelo de Marvin Hideki emprendió, lo que él pensaba solo iba a ser la primera parada de su viaje en 1917, llegar a Puerto Colombia, Panamá. Sin embargo, ya estando en el continente americano, el deseo de incorporarse a la diáspora japonesa en Perú tuvo que ser rápidamente descartado, debido a las pandemias de dengue y cólera que en el momento estaban impactando a este país. Fue así como, de la noche a la mañana, los planes del abuelo de la familia Doku cambiaron, y el sueño que lo había traído a este nuevo continente se esfumó, mientras se veía a la deriva, casi solo y en un continente que desconocido.

Afortunadamente, el señor Mizuno, amigo cercano de la familia Doku, había migrado a Colombia en el año 1915, lo que resultó ser de gran ayuda. Su destino fue un remoto pueblo en el departamento del atlántico llamado Usiacurí, conocido por sus aguas termales consideradas medicinales para diversos males del cuerpo. De hecho, el señor Mizuno emprendió su viaje a Usiacurí buscando de estas aguas curativas, cuyo efecto resultó favorecer su hipótesis medicinal, ayudándole a curarse de la enfermedad que convalecía. Así que, en el momento más oportuno, al saber que el abuelo de la familia Doku se encontraba en Panamá, el señor Mizuno no dudó en invitarlo a mudarse a Usiacurí. De esta manera, empezó la historia de la familia Doku en Colombia.

Con el pasar del tiempo, desafíos, como para toda persona que migra, comenzaron a llegar. El primer reto al que se tuvo que enfrentar el abuelo fue al idioma. Lo primero que tenía que hacer era aprender a hablar español, puesto que solo dos de sus amigos hablaban japonés. Eventualmente, él y sus dos amigos lograron dominar el idioma y los tres consiguieron casarse con colombianas. Para el caso del abuelo de la familia Doku, su esposa, quien se convertiría en abuela de la familia, según comenta Marvin Hideki, fue una mujer de 16 años, criolla y costeña. Es de resaltar que, la comunicación con sus esposas era solamente en español, pues ninguno de los tres amigos mostró interés por enseñarle el japonés a sus parientes. En lugar de esto, se dedicaron a aprender el español, inicialmente, y luego a enseñar el español a familiares que iban llegando de Japón.

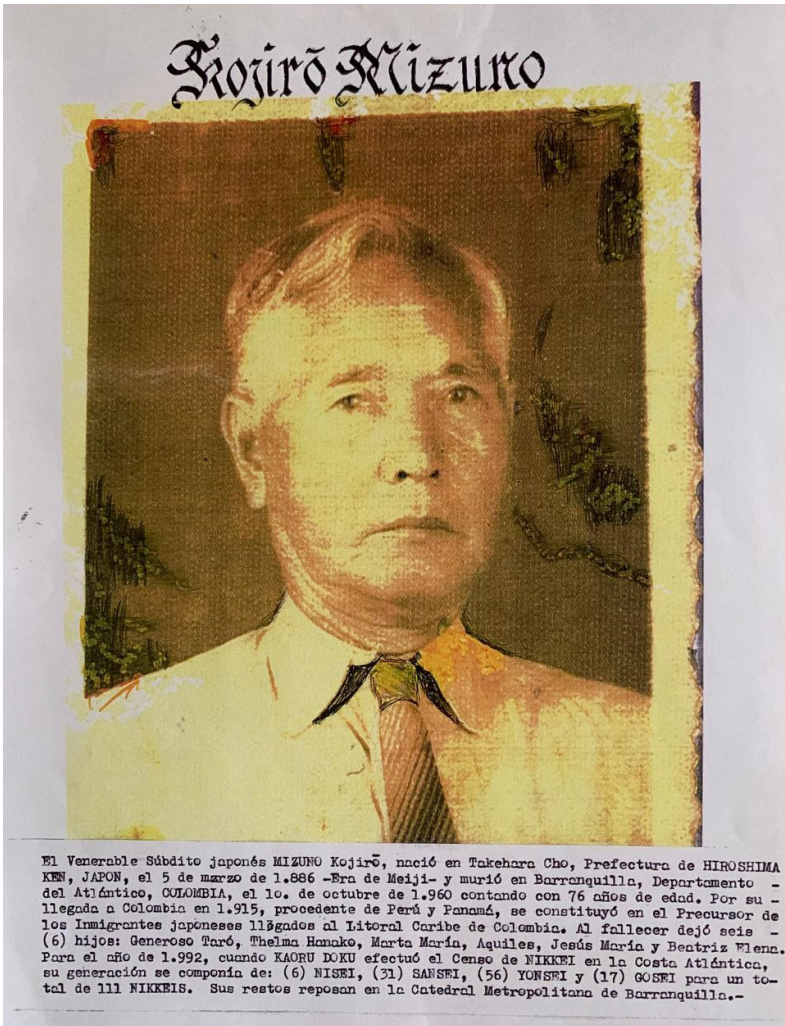
Ya casado, Toshio Doku y su esposa tuvieron hijos, entre ellos el papá de Marvin Hideki Doku, José Kaoru Doku, quien fue un distinguido militar de la armada nacional y vivió experiencias llenas de contrastes y características únicas. Desde su participación como jugador de fútbol profesional en el equipo Santa Fe, hasta su destacada carrera en la armada, José Kaoru combinó con maestría la pasión por el fútbol, el deber militar, sus raíces japonesas y el amor por Colombia. La familia siempre recordaba con admiración cómo José Kaoru había sido testigo de eventos trascendentales, desde la guerra en Corea hasta la caída del gobierno de Rojas Pinilla en Bogotá. La lealtad de José Kaoru hacia el contraalmirante Rubén Piedrahita Arango, máximo líder de la armada en aquel entonces, lo llevó a formar parte de una junta militar que gobernaría el país tras la caída de Rojas Pinilla. La influencia de su padre en la política colombiana, su profesionalismo y su carácter habían dejado una huella imborrable en la familia Doku, marcando un legado de honor y compromiso con el país.

Más adelante, la familia subsistió gracias a un billar y a una peluquería que se constituyeron como negocios familiares. La crianza que tuvo la primera generación de hijos de la familia Doku fue una

mezcla cultural. Por el lado del abuelo, se tenían los pilares del respeto, la disciplina y la puntualidad, característicos de la cultura japonesa. Y por el lado de la mamá, obtuvieron lo característico de la idiosincrasia costeña: la amistad, amabilidad y tranquilidad en la vida.

En Colombia, un factor muy importante en el proceso de encuentro y adaptación para los migrantes japoneses fue la alimentación. El abuelo intentó incorporar en repetidas ocasiones elementos específicos de la cocina japonesa en las prácticas culinarias de la abuela, quien era una matriarca costeña y gran cocinera. Sin embargo, este proceso, que hasta el momento no había tenido mucho éxito por el acceso a los ingredientes, se potenció cuando se mudaron a Barranquilla, pues al abuelo de Marvin Hideki se le facilitó la tarea de obtener productos culinarios (condimentos, especias, vegetales, etc.) provenientes de Japón. Allí, los buques cargados de mercancías llegaban al puerto de Barranquilla. Fue así como la familia desarrolló una mezcla de prácticas culinarias colombo-japonesas las cuales, hoy en día, siguen siendo puestas en práctica por la descendencia de la familia.

En síntesis, se puede decir que la historia de la familia Doku en Colombia, desde su llegada hasta el desenvolvimiento de las nuevas generaciones, contiene distintas muestras de adaptación y aporte cultural a las formas de vida de algunos colombianos. Si bien el comienzo estuvo basado en un sueño truncado, luego llegó a transformarse en una saga de superación, adaptación y legado, desde los desafíos iniciales de Toshio Doku en un continente desconocido hasta la destacada trayectoria de José Kaoru Doku como militar y figura influyente en la historia colombiana. Es por todo lo anterior que se puede afirmar que la mezcla única de culturas y el respeto por las raíces japonesas han forjado un legado de honor y valentía que perdura en la familia Doku.



Fuente: Archivo familiar de la familia Doku.

No. 10579

PATENT OF DECORATION

The Order of the Sacred Treasure, Gold and Silver Rays
is hereby conferred upon Mr. Jose Kaoru Doku Bermejo,
a citizen of the Republic of Colombia,
by His Majesty the Emperor of Japan.

In witness thereof, the Seal of State has been affixed to these presents at
the Imperial Palace. This Day, the Third of the Eleventh Month
of the Second Year of Heisei. (1990).

Seal
of
State

海部俊樹

L. S. Toshiki Kaifu
Prime Minister

Seal
of
Office

L. S. Kazumasa Inahashi
Director-General of
Decoration Bureau,
Prime Minister's Office

Seal
of
Office

The 3rd day, the 11th month, the 2nd year of Heisei.

Fuente: Archivo familiar de la familia Doku.

FAMILIA DOKU



Fuente: Archivo familiar de la familia Doku.

Solemnre Intposici6n de la Condecoraci6n
Srur Got6 Zuihosh6
en la ciudad de Bogot6 en Nov. 3 de 1990



por el Excmo Sr. Embajador del Jap6n
Dr. Chihiro Tsukada
al Sisei Tsagoru Doku.

Fuente: Archivo familiar de la familia Doku.

FAMILIA DOKU



Fuente: Archivo familiar de la familia Doku.



Fuente: Archivo familiar de la familia Doku.



Fuente: Archivo familiar de la familia Doku.



Fuente: Archivo familiar de la familia Doku.

FAMILIA DOKU



Fuente: Archivo familiar de la familia Doku.

Familia Tokunaga

Semillas de tradición

Sumerjámonos en la Colombia de los años 30's cuando nuestro país crecía culturalmente con la llegada de la segunda ola migratoria japonesa. En aquellos días, en Colombia crecía un frondoso árbol migratorio, cuyos frutos, la riqueza y la diversidad, empezaban a darse. La comunidad nikkei, ya asentada en Colombia un año atrás pues en 1929 fue la primera migración, cada familia cuando llegaban debían limpiar y cuidar su terreno, aportando al tejido identitario del país, trayendo consigo sus costumbres, tradiciones, valores, y su espíritu desde Japón. Entre las familias que se unieron a esta segunda ola migratoria se encontraban los Tokunaga, quienes embarcaron desde el puerto de Yokohama, en Japón, junto con otras cuatro familias, sumando un total de 33 miembros. El viaje a través del océano en el buque Rakuyo Maru fue el inicio de una travesía llena de esperanza y expectativas.

Es importante recordar que muchas de las familias japonesas decidieron migrar a Colombia en medio de un contexto atravesado por el Periodo de Entreguerras, en búsqueda de mejores oportunidades y posibilidades para el futuro. Gracias al tratado de amistad entre Japón y Colombia, muchas personas pudieron resguardarse de este duro periodo de depresión, escasez y tensiones internacionales. Las familias que lograron asentarse en territorio colombiano en la segunda ola de migración llegaron el 20 de abril de 1930. Con la llegada de Antonio Uhei Tokunaga junto a su esposa María Yukino, sus tres hijas Amelia Aki, Flora Yasuyo y Doris Miyono, su hermana, cuñado y sobrinos, la familia Tokunaga se estableció en Colombia, y su historia empezó a entretenerse con la de su nuevo hogar.

Hideki y Akira, bisnietos de Antonio Uhei Tokunaga, relatan algunos de los desafíos que los migrantes de su familia tuvieron que afrontar hace más de 90 años. Su travesía comenzó en el puerto de Buenaventura, tras un largo viaje que duró semanas desde Japón. Al llegar a su destino en el Jagual en Corinto, Cauca, se dieron cuenta de que los terrenos comprados por la empresa Ultramar, quienes se encargaron de la logística de la inmigración y repartidos al azar en las primeras dos migraciones, tenían una composición arenosa y estaban llenos de maleza, lo que daba la impresión de ser ideales para ser trabajados. . Es así como la familia empezó a dedicarle todo su tiempo y esfuerzo a aquellas tierras con vegetación espesa, para llenarlas otra vez de vida.

En un inicio, trataron de sacar el mayor provecho de esas tierras, probando innumerables veces con diversos cultivos esperando a que alguno les ayude a saldar sus obligaciones. Sin embargo, se encontraron con que dichas tierras no eran tan fértiles como parecían. Lo anterior, sumado a la lejanía, poca conexión vial y las barreras lingüísticas, fueron algunos de los grandes desafíos que les ocasionaron diversos problemas para salir adelante. No obstante, esto no detuvo a la familia Tokunaga quienes, a pesar de todas las adversidades y dificultades estructurales, fueron capaces de seguir adelante con su admirable determinación.

En la familia, las mujeres como María Yukino además de encargarse de los quehaceres domésticos y de la preparación de alimentos y la crianza de las hijas, trabajaban a la par con los hombres en el campo, aportando de manera relevante en el proceso de establecimiento y perduración de la familia en el nuevo lugar. A su llegada, Amelia, que tenía 21 años, Flora 19 y Doris, la menor, 16, mostraron gran resiliencia, inclusive cuando trabajaron la tierra, trabajo que socialmente era, y sigue siendo considerado en algunas partes de Colombia, como una labor exclusiva de los hombres por las extensas jornadas. Este esfuerzo no solo se debía al deseo

de prosperar en su nuevo hogar, sino también a las condiciones desafiantes de la tierra en la que trabajaban. Aunque esta tierra no fue de la mejor calidad y requirió de extensas jornadas de trabajo, las hijas de Antonio se mantuvieron firmes en su compromiso de contribuir al sustento de la familia. Esta determinación fue un punto clave para que la familia lograra pagar su compromiso con la empresa Ultramar y, posteriormente, salir en búsqueda de mejores tierras y condiciones de vida.

Conforme la familia Tokunaga se estableció en Colombia, su historia empezó a entretenerse con su nuevo hogar. Desde el principio, la adaptación fue un desafío monumental para la abuela de Hideki y Akira, Flora, quien llegó a un lugar donde apenas si podía hablar el idioma. Poco después de la llegada de la familia Tokunaga a Colombia, Flora conoció a Marco Tulio, un japonés que llegó en la tercera inmigración junto con la familia Sakamoto. Su amistad eventualmente pasaría a ser un matrimonio. En un gesto que honra las tradiciones familiares japonesas, Marco Tulio fue adoptado por los Tokunaga después de su unión con Flora. Esta adopción, además de fortalecer los lazos entre Marco Tulio y la familia Tokunaga, también aseguró la continuidad del nombre familiar “Tokunaga” en línea con las costumbres culturales japonesas.

A medida que las otras generaciones fueron naciendo, la barrera del lenguaje se fue difuminando, haciendo que la comunicación fuera más fluida y facilitando la integración de la familia con la sociedad colombiana. Fue en ese instante que surgió la preocupación por parte de las primeras generaciones Nikkei por preservar el vínculo con sus raíces a través del idioma. Con la llegada de 14 familias en la tercera ola migratorio, las familias ya establecidas anteriormente vieron la necesidad de fundar la “Escuela de la Colonia del Jaguar” en parte del terreno del señor Antonio Uhei. Este espacio tan importante, posteriormente dio pie a lo que se conoce actualmente como el Centro Cultural Colombo Japonés ya no ubicado en la ciudad de Corinto

sino en la ciudad de Palmira, Valle del Cauca. La participación de Antonio Uhei Tokunaga en la fundación y desarrollo del Centro Cultural Colombo Japonés dejó una huella duradera en la comunidad, creando un espacio para el encuentro, el aprendizaje y la celebración de la cultura japonesa.

Con el paso del tiempo, las familias japonesas se convirtieron en un puente viviente entre la cultura japonesa y la colombiana. Además de haber aportado un espacio cultural como el Colombo japonés, donde se celebra el día del abuelo, el día del niño, el día deportivo y otras muy propias de la cultura japonesa, en las últimas décadas se ha dado una gran acogida a más elementos culturales como las series japonesas. No es un secreto para nadie la importancia que tuvo en la infancia de miles de colombianos la llegada de series como Capitán Centella, Dragon Ball, Mazinger Z, One Piece, Samurai X, entre otros. Tras la llegada de toda la influencia cultural de Japón, la cultura colombiana empezó a entretajerse con la japonesa. Un evidente síntoma de esto es la acogida de la gastronomía japonesa, que en la última década se ha visto en un aumento exponencial de restaurantes japoneses que ofrecen variedad de comidas como sushi, nigui, ramen, bowls, etc.

La historia de la familia Tokunaga es un fascinante ejemplo de cómo las tradiciones japonesas encontraron un hogar en la ciudad de Cali. A través de pequeños gestos cotidianos, como la puntualidad, el respeto, el uso de palabras en japonés al momento de comer o salir de casa, la familia Tokunaga mantuvo vivas sus tradiciones y valores que fueron transmitidas entre generaciones. Así que un elemento adicional para subrayar es la herencia de la gastronomía típica de la prefectura de Fukuoka, tales como el oshizushi y el onigiri. En ámbitos artísticos, también un baile típico llamado Tanko Bushi, se ha convertido de a poco en hilos que se han entretajido con la identidad de la familia Tokunaga y la cultura la caleña, logrando enriquecer el tapiz cultural de la ciudad.

Las experiencias de los nietos de la familia Tokunaga, como Hideki y su hermano Akira, ofrecen un vistazo a la integración y aceptación de la comunidad nikkei en la sociedad colombiana. Educados en un colegio local, los jóvenes Tokunaga, nunca sintieron discriminación, al contrario, fueron acogidos con admiración y curiosidad por sus compañeros, especialmente cuando traían loncheras con alimentos típicos. El colegio en el que estudiaban era conocido por haber recibido a más miembros de la comunidad nikkei en el pasado, lo que contribuyó también a que los jóvenes se sintieran cómodos. No obstante, con el paso del tiempo se percataron de que su familia tenía un origen distinto al de las familias promedio colombianas.

Gracias a esto, tanto Akira como Hideki se han puesto a la tarea de conservar su recorrido familiar y legado japonés. Desde prácticas como dejar los zapatos afuera de la casa como símbolo de respeto a la misma, o decir “Tadaima” al llegar a su casa, “Ittekimasu” al salir de esta, o “Itadakimasu” al comer, son gestos que representan una conexión con sus raíces y una forma de honrar a sus antepasados. Además, ambos se interesaron en investigar sobre el significado detrás de sus nombres, en su búsqueda, descubrieron que el kanji Masao, quien es el hermano mayor, el significa: Correcto. Hideki significa: Hombre de inteligencia y Akira significa: Ser de luz e inteligencia. Con el tiempo la historia familiar ha dejado las semillas y los vestigios de las nuevas generaciones que buscan conservar aquel recorrido del pasado migratorio.

En las calles de Cali, en el aroma del café que se mezcla con el de las flores de cerezo, en la sonrisa de unos jóvenes que llevan con orgullo un apellido japonés y un corazón colombiano, viven los legados de familias japonesas que han migrado, como los Tokunaga. Su historia nos invita a celebrar la diversidad, a tender puentes en lugar de muros, y a recordar que, sin importar de dónde vengamos, todos compartimos el mismo anhelo de preservar la memoria de dónde venimos y crear un hogar.

FAMILIA TOKUNAGA



Fuente: Archivo familiar de la familia Doku. La familia entera con Antonio Uhei y María Yukino.



Fuente: Archivo familiar de la familia Doku. Foto Celebración 92 años María Yukino.

Epílogo

Por Laura Siva Chica y Vladimir Rouvinski¹

Estimado lector: acaba de leer la última historia de vida incluida en este libro, pero las vidas no terminan y sus historias continúan. Es por esta razón que, como profesores que guiamos el trabajo de nuestros estudiantes, estamos convencidos de que, a lo largo de las páginas de este libro, se teje un relato que va más allá de una simple reconstrucción histórica. Es un testimonio de cómo la migración no solo transforma a quienes la emprenden, sino también a las sociedades que los acogen. La historia de los inmigrantes japoneses en Colombia es una lección sobre la capacidad humana para forjar puentes entre política, economía y cultura, superar desafíos y crear nuevas realidades. Sus aportes no son solo el resultado de la fusión entre prácticas japonesas y colombianas, sino también el reflejo de un diálogo constante que, aún hoy, sigue enriqueciendo a la sociedad.

Este proyecto pedagógico continúa con nuevos estudiantes y busca precisamente preservar y visibilizar estas contribuciones. A través de la investigación, el análisis y la difusión del conocimiento, esperamos que nuevos estudiantes de la Universidad Icesi aprovechen este espacio para la reflexión crítica sobre los procesos migratorios y su impacto en la identidad colombiana. Al documentar los relatos de las familias japonesas que llegaron al país y de sus descendientes Nikkei, este ejercicio educativo invita a los estudiantes a explorar el significado de la memoria

1 Octubre 2024. Laura Silva Chica (Cali, Colombia) y Vladimir Rouvinski (Sapporo, Japón).

histórica, la integración y la diversidad, y a compartir estos aprendizajes con toda la comunidad. Así, la reconstrucción de las historias de vida de los migrantes se convierte en una herramienta para fomentar el entendimiento intercultural, el respeto mutuo y la valoración de la pluralidad que tanto necesita nuestra nación colombiana.

Otros títulos de la colección

Libros co-editados por el Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico (GEUP Colombia) para la Feria Internacional del Libro de Cali de 2017, 2018, 2019, 2020, 2021, 2022 y 2023:

[2023]

Las crónicas del 10. Cali y Nápoles: Maradona de ida y vuelta

Varios autores | Compiladora: Paola Guavara.

La Cali que conocí, vol. 2

José Ignacio Claros V.

[2022]

La Cali que conocí

José Ignacio Claros V.

Breve historia de la Comunidad Judía de Cali

Clara Serra

9 cuentos. Ganadores y finalistas del tercer concurso de cuento Andrés Caicedo. 2020-2021

Varios autores

[2021]

Desde mi ventana

Adela Guerrero

Estallido

María del Pilar Paramero

La cicatriz de los instantes

Adalgiza Charria

Muro de sombras y de pájaros

Miriam Alicia Sendoya

Soledad Acosta de Samper. Dos novelas psicológicas - Elisa o los corazones solitarios / Emilia, Matilde y Leonor, confesiones de tres mujeres

Soledad Acosta de Samper | Compilador: James Rodríguez C.

[2020]

Antología de escritos afrocolombianos

Varios autores | Compiladores: Carlos A. Valderrama y José Antonio Caicedo O.

Poeta del mar. Antología temática

Helcias Martán Góngora

Para Manuel y Delia: cinco poemas, cinco fotografías

Fernando Urbina Rangel

Pacífico en conflicto. Dinámicas históricas y territoriales de la guerra. 1958-2016

Varios autores

Acércate a las brasas para ver lo que dices. Refranes y expresiones de la oralidad del pacífico colombiano

Baudilio Revelo Hurtado

Narrativas y contranarrativas de poblaciones afrodescendientes. Experiencias de la comunicación identitaria de Buga y Tuluá

Jisele Guachetá Campo

La Cátedra de Estudios Afrocolombianos. Una apuesta de justicia Étnico-racial en la escuela

Varios autores | Compiladoras: Nayibe Katherine Arboleda H. y Yolima Perea P.

Cuando los ancestros llaman. Poesía afrocolombiana

Mary Grueso Romero

Ritos de orillas. Espiritualidad de las comunidades negras del Pacífico colombiano

Baudilio Revelo Hurtado

[2019]

Seis cuentos. Ganadores y finalistas del segundo concurso de cuento
Andrés Caicedo

Varios autores

Cuentistas vallecaucanos. Antología

Varios autores | Compilador: José Zuleta Ortiz

Colección: Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca (I)

Narradoras vallecaucanas. Antología

Varias autoras | Compilador: José Zuleta Ortiz

Colección: Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca (II)

**Mito, tradición oral, historia y literatura del Pacífico colombiano.
Antología**

Varios autores | Compilador: José Zuleta Ortiz

Colección: Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca (III)

Poesía indígena de América. Antología

Varios autores | Compilador: José Zuleta Ortiz

Colección: Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca (IV)

Adivina, fabula y canta. Literatura para niños

Varios autores | Compilador: José Zuleta Ortiz

Colección: Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca (V)

Cóndores no entierran todos los días

Gustavo Álvarez Gardeazábal

Colección: Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca (VI)

Lectores

Jorge Idárraga

Colección: Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca (VII)

[2018]

8 cuentos. Ganadores y finalistas del primer concurso de cuento Andrés
Caicedo (2da edición)

Varios autores

El Pacífico cuenta. Antología de jóvenes narradores del Pacífico colombiano

Varios autores | Compilador: Antonio García Ángel

Y sin embargo se mueve. Selección de columnas periodísticas de Óscar Collazos publicadas en El Tiempo, 1993-2013

*Óscar Collazos | Compiladores: Juan Camilo Sierra Restrepo, Laia Collazos
y Nuria Amat*

[2017]

Reina de américa

Nuria Amat

Juan Rulfo. El arte del silencio

Nuria Amat

ms



Este libro se terminó de editar en noviembre de 2024. En su preparación, realizada desde la Editorial Universidad Icesi, se utilizaron tipos Adobe Caslo Pro en 11/14.







El contenido que compone la presente obra permite hacer honra a la memoria de estos inmigrantes japoneses, sus dificultades naturales en el proceso migratorio y adaptativo, el impacto y sus consecuentes aportes en Colombia, al igual que el papel de sus descendientes Nikkeis a la nación. Este esfuerzo fue realizado por los y las estudiantes de los cursos de pregrado “Historia Política Internacionales” y “Pensamiento Crítico Latinoamericano” de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Icesi, que llevaron a cabo encuentros y entrevistas con miembros de varias de las familias que migraron desde Japón el siglo pasado, y más adelante tejieron narraciones, a modo de relatos, para hilar historias, hechos y anécdotas.

Santiago Martínez Villareal

Los relatos aquí recopilados reflejan la resistencia y la adaptación de los migrantes japoneses, quienes, a pesar de las dificultades, han dejado una huella imborrable en nuestra identidad nacional y regional. Al abordar temas como la innovación de técnicas agrícolas, comercio, convivencia y la fusión de tradiciones culturales y culinarias, esta obra invita a la reflexión sobre la diversidad que conforma nuestro país, así como sobre el espíritu empresarial que caracteriza a la comunidad japonesa colombiana.

Esteban Piedrahita Uribe
Rector, Universidad Icesi

ISBN 978-628-7740-90-7



9 786287 740907